

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 14 **EL CRIMEN IGNORADO** 15 cts.



*Aquella misma noche desenmascaraba al culpable...*

# EL CRIMEN IGNORADO

(Novel. cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, distribuida por «Selaciones Cines», Gran Vía Layetana, 55 - Barcelona)

## I

CUANDO Francis Margot, un canadiense robusto y fuerte como las centenarias encinas de su país natal, regresó aquella tarde al rancho donde ejercía el cargo de capataz, se extrañó sobremanera de ver los numerosos mozos que obedecían sus órdenes reunidos cerca del edificio, conversando animadamente y en voz baja.

—¿Qué ocurre aquí?—se preguntó, y apeándose de su bravo corcel, acercóse corriendo a los reunidos, repitiendo aquella pregunta a los primeros con que topó.

—Una desgracia — le contestó un joven vaquero—. ¡Una desgracia horrible!

—¿Cuál? ¡Habla pronto!

—Han asesinado al dueño del rancho! —confesó otro *cow-boy* con acento sombrío.

Margot retrocedió un paso; sus correctas y varoniles facciones asumieron una palidez terrosa y, por fin, pudo balbucear:

—¡Asesinado! ¡Han asesinado al señor Morgan! ¿Y por qué? ¿Quién ha sido el infame canalla, el cobarde criminal que le ha quitado la vida al mejor de los hombres?

—¡Todavía no se sabe! —le respondió alguien.

—¿Cómo! ¿Es posible que no se sepa quién es el autor de ese vil homicidio?

—¿Como lo oía, Margot!

Este exhaló un suspiro de cólera y murmuró con acento sombrío:

—¡No tardará en saberse quién es el malvado Cain que ha cometido ese crimen que clama al cielo! ¡Lo digo yo! ¡Desde este momento no me concederé un momento de reposo hasta echar el guante al asesino!

Pronunciadas estas palabras, dirigió a cuantos le rodeaban atropelladas preguntas.

Su afán de saber hubo de contentarse con lo poco que de la execrable y misteriosa hazaña podían decirle.

El hecho se descubrió después del mediodía. El ama de gobierno del señor Morgan, extrañada de que éste no acudiera a la mesa, ya dispuesta y preparada a la hora de costumbre, decidió ir en su busca.

El espectáculo que se ofreció a su vista no lo olvidaría mientras viviese. El señor Morgan yacía con el rostro desfigurado, ensangrentado y apoyado contra la mesa de su despacho.

La pobre mujer comenzó a pedir auxilio con todas las fuerzas de su ser, y luego vació, rodando por el suelo como una masa inerte.

A sus voces acudieron al cabo de un rato varios hombres...

Todos se afanaron en socorrer a su bondadoso amo; pero éste había cesado de existir.

Por las curtidas mejillas de aquellos rudos hombres del Oeste se deslizaban las lágrimas; de sus lividos labios salieron imprecaciones y maldiciones contra el ignorado autor de aquel enorme e impío crimen...

¿Quién podía haberlo cometido?

Al señor Morgan no se le conocían enemigos. Jamás dejó nadie de solicitar en vano la ayuda de su mano leal y generosa, ni llamó en balde a los compasivos sentimientos de su corazón.

Se ignoraba igualmente a quién podía beneficiar su muerte. ¿Obedeció ésta al cumplimiento de alguna venganza? ¿Existía bajo el cielo del Oeste un ser que hubiese recibido de la víctima un secreto agravio, una ofensa de esas que abren en el corazón una herida incurable?

Nadie podía contestar a una sola de las anteriores preguntas con probabilidad de acierto.

El crimen, pues, llevado a cabo con tanto sigilo, como si en vez de cometerlo el brazo de un ser de carne y hueso lo hubiera realizado una sombra, un fantasma, un ser incorpóreo, quedaba envuelta en el más obscuro misterio.

Por lo tanto, la misión que se había impuesto el capataz Margot, cuyo noble y bravo corazón sentía hacia el difunto un verdadero afecto filial, era tan ardua como difícil.

Así lo comprendió el arrogante y adolorido ceco, y, sin embargo, una voz interior le aseguraba que un día más o menos lejano podría cumplir su promesa.

Más que con su propia voluntad, en aquella ocasión contaba con la ayuda de las poderosas fuerzas del destino...

El crimen, como la verdad, sale a la luz del día, aunque se trate de tenerlos escondidos en el abismo más profundo del orbe...

Quando se mitigó algo el acceso de dolor y desesperación que lo invadiera en los primeros momentos,

cuando le explicaron sobre el inicuo hecho todo lo que sabían aquellos fieros hijos del Oeste, Francis Margot encaminó sus pasos hacia el aposento en que se había desarrollado el trágico suceso.

Las manchas de sangre, que todavía ensuciaban la mesa y el suelo, hicieron circular por sus venas el hielo del horror.

De pronto se dió cuenta de que no era el solo quien visitaba el lúgubre aposento.

Un plañidero ladrido le reveló la presencia de un perro, ese fiel e inteligente amigo del hombre, tanto en la fortuna como en la adversidad...

Una idea repentina cruzó por la mente del capataz.

—(Busca, *Viajero*, busca!

El animal, un soberbio ejemplar de la casta poteca o cazadora, comenzó a olfatear, emitiendo leves gruñidos.

Parecía haber entendido las palabras que acababa de dirigirle su amo, y luego de dar varias vueltas por la estancia, se detuvo ante un objeto que yacía en el suelo, y acentuando sus ladridos, se acercó a Margot, mirándolo con fijez.

—¿Qué quieres decirme, *Viajero*?

El perro pareció contestar a estas preguntas con varios ladridos y, separándose de su amo, rozó con su hocico el objeto que tan evidente furor le producía.

Francis Margot se le acercó y percibió junto a una de las paredes del suelo una pipa para cigarrillos de madera, cuyo color se confundía con el del pavimento.

Apoderóse de ella y mostrándose la al can, exclamó:

—¿Quieres decirme que esta pipa la han tocado las mismas manos que han quitado la vida al pobre señor Morgan?

*Viajero* comenzó a saltar, lanzando ladridos y rechinando los dientes con renovado furor, erizados todos los pelos del cuello.

—¡No me cabe duda!—murmura.





*Margot y su inteligente auxiliar canina.*

ró. Francis Margot algo satisfecho en medio de la honda pena que le roía el corazón y el alma — ¡Este sencillo objeto pertenecía al asesino de mi desdichado jefe! ¡Y si pudiera hablar esta pobre bestia, daría que mis palabras son exactas!

Luego contempló la pipa unos instantes, y no viendo en ella la más leve señal, añadió:

— ¡Poca cosa es, ciertamente, la que he averiguado! ¡Pero principio requieren todas las empresas que el hombre se propone llevar a cabo!

Pronunciadas estas palabras, encaminóse hacia la cámara mortuoria.

Entre cuatro blandones chisporroteantes y de tembloroso y rojizo resplandor, yacía inmóvil y rígido el malogrado propietario del *Rancho del Oeste*.

Francis Margot acercóse de puntillas y, arrodillándose, rezó una fervorosa oración por el eterno descanso de aquella alma grande y buena, que ya viajaba hacia remotos y arcanos confines.

Dos cow-boys velaban el cadáver. Acababa de estrechar el capataz la helada mano del muerto entre las suyas como si quisiera infundirle el calor y la vida de su propio ser, cuando un mozo vaquero acercándosele puso una mano en su hombro y le dijo en voz baja:

— ¡Acaba de llegar el *sherif* de El Cajón y desea hablarte!

Margot se puso en pie, abandonando la estancia mortuoria.

## II

Unos momentos después se hallaba ante un hombre de enjuto y ce-trino rostro, figura delgada, en cuyo pecho relucía el inequal inherente a su autoridad.

— ¡He venido casi reventando mi pobre caballo! La noticia de este crimen me ha dejado entortecido... Me resistía a creer en su realidad... ¡Por desgracia, no he tenido más remedio que convencerme!

« ¡Pobre señor Morgan! ¿Quién podía aborrecerlo hasta el extremo de querer su muerte y dársela?

— ¡Solamente Dios lo sabe!

— ¿Sospecha usted de alguien?

— No.

« ¡Y tampoco tiene indicio alguno que le permita suponer a qué móvil puede obedecer este misterioso crimen?

—El móvil ha sido el robot—  
aseguro Margot.

—¿Cómo lo sabe usted?

—El señor Margot guardaba en la mesa de su despacho siete mil dólares que han desaparecido...

—¿No habrá guardado en algún otro sitio el señor Morzan ese caudal antes de ser víctima del crimen?

—No; cuando yo me despedí de él esta mañana, los metió delante de mis propios ojos en el cajón central de su escritorio...

—¿Y no se han encontrado?

—No se han encontrado...

—Habrá que dar una batida por la comarca, detener a todos los bribones que rondan por estos parajes y someterlos a un interrogatorio—dijo el *sherif*.

—¿Puede usted hacer eso, Mont Hawe, puede usted hacerlo—repitió Francis Margot—y cumplirá con su

dabar! Pero el asesino de mi desdichado amo no caerá en esa redada de malhechores de toda ralea!...

—¡Mucho decir es eso!—replicó el *sherif* Hawe frunciendo el ceño.

—¿Quizás dentro de poco cambie usted de opinión?

—¿Dentro de poco?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo, poco más o menos?

—No sé los días que tardarán estas zarpas—declaró Margot mostrando sus poderosas manos—en apresar al asesino.

—¿Cómo!—exclamó el *sherif* estremeciéndose ligeramente—. ¿Cree usted descubrir y detener al culpable?

—Estoy absolutamente seguro de echarle el guante!

En aquel momento a las palabras del capataz siguieron unos gruñidos de *Viejero* que, con los



Las pesquisas de Francis Margot iban acercándolo a la verdad.

ojos furiosos, los pelos erizados y mostrando sus blancos y aliados colmillos, hacía un ralo que olfateaba al *sherif*.

—¿Qué diantre tiene este chuchito? — preguntó este. — ¿Padecerá la terrible enfermedad propia de su casta? ¡Si tal supiese, ahora mismo le pegaba cinco tiros!

E hizo ademán de llevarse la mano a la culata del revólver.

Francis Margot le contruvo con un gesto.

*Viajero* está enfurecido, pero no rabioso. Como a todos nosotros, el asesinato del infeliz señor Morgan le ha causado un hondo pesar, pues es indudable que esta casta de animales siente igual o más que las personas.

—¡Silencio, *Viajero*! — ordenó Margot. — ¡Marcha de aquí!

La inteligente bestia se alejó cierto trecho con el rabo entre las piernas y lamiéndose en el suelo, con las patas delanteras estiradas y la cabeza entre ellas y pegada al suelo, quedose inmóvil, con los relampagueantes ojos clavados en la alta y escuálida figura del *sherif*.

Poco después éste se despedía del

capataz, diciéndole a modo de despedida y con acento irónico:

— ¡Hasta la vista, amigo! Y confío que la primera vez que volvamos a hablar, podré decirle yo quién es el matador del señor Morgan!

Esto diciendo saltó sobre la silla, desapareciendo al galope.

— ¡Podrías tal vez decirlo ahora mismo si quisieras — murmuró el capataz. — *sherif* camorrista y borrachín! — Podrías extender tu mano hacia el culpable infame y antiguo ladrón de caballos, pero tendrías buen cuidado de hacerlo.

Sus llameantes ojos vieron desaparecer al finete en un recodo del camino, y luego, llamando a su perro, que se acercó saltando gozoso, le cogió la cabeza y le preguntó:

— ¿Qué has visto tú con esos ojos que llevas escondidos en el hocico? ¿Por qué te enfurece el *sherif*, *Viajero*?

Por toda respuesta el can comenzó a correr, ladrando en la dirección que había seguido la primera autoridad de El Cajón.

### III

Aquella mañana, unos momentos después de la marcha del capataz Margot, apareció en la linde del bosque que bordeaba el camino, a poca distancia del edificio del rancho, un hombre cuyo aspecto no era, en verdad, nada tranquilizador.

Este hombre no era un forastero en aquella extraña comarca de los hombres rudos y de salvajes e incontenibles pasiones. Al contrario, había nacido en ella, y en aquella naturaleza dura y fuerte había

crecido y luchado durante muchos años.

Veinte, semana más, semana menos, hacía que no contemplaban sus ojos el cielo que ahora miraban con expresión hosca y truculenta, ni respiraban sus pulmones aquel aire sano y libre que ahora aspiraba con fruición.

Y, sin embargo, tal vez las personas que pudieran reconocerlo y acordarse de él se hubieran contado con los dedos de una mano.

En tiempos pasados no era su as-



pecto tan sospechoso. Por el contrario, su figura tenía prestancia y cierta simpática.

En una palabra, el desconocido cuyas flamantes pupilas atisbaban en todas direcciones con expresión recelosa, vacilante y fiera, era, nada menos, que el antiguo propietario del *Rancho del Oeste*.

La historia de su vida podríamos resumirla en unas cuantas líneas y vamos a hacerlo. Merced a su posición, veinte años atrás llegó a ser el personaje más importante de la ciudad mejicana de Sonora.

Habría podido vivir entre sus vaqueros, sus pampas verdeantes y sus compactas manadas de terneros, con el corazón lleno de sosiego y la mente libre de inquietudes por el porvenir, conservando su posición, más que holgada, floreciente...

Pero, aconsejado y contagiado por su amigo predilecto Mont Hawe, entonces audaz aventurero, le tentó el juego de la política y las revoluciones, y formando una nutrida hueste de guerrilleros, gentes sin conciencia y sin honor que jamás luchan por un ideal, sino por el bolsín, se alzó en armas contra el presidente Madero.

La victoria de éste contra sus enemigos frustró todas las ambiciones de nuestro hombre y destruyó sus bienes.

Perseguido y fugitivo como un paria, hubo de refugiarse más allá de la frontera, bajo el mismo cielo en que transcurriera tantos años de prosperidad, exento de peligros y inquietudes.

El rancho lo había vendido a un mozo activo y enérgico, llamado James Morgan, cuya inteligencia y acierto en el negocio vieron recompensados prontamente con una cuantiosa fortuna.

Un día el ex cabecilla mejicano, Pancho Villar—éste era su nombre—se presentó ante el nuevo dueño de su antigua finca exigiéndole la cesión de ciertos terrenos que, se-

gún él, no estaban incluidos en el contrato de venta.

Hombre probo y de austeros principios, pero también de una energía indomable, Morgan rechazó indignado las injustas pretensiones de su visitante.

Sin embargo, le ofreció su ayuda con las siguientes nobles palabras:

—Conozco sus andanzas y aventuras y la verdadera causa de la desesperada y miserable situación en que usted se halla. Sé que se ha mezclado usted en el peligroso juego de la política y la revolución, y ha perdido... Aténgase usted a las consecuencias. Pero no imagine siquiera que las pague yo también y las sufra.

«Lo que usted pide es un absurdo irritante. Están de mi lado, además de la razón, la ley y la justicia... ¡Tenga usted cuidado, Villar, tenga mucho cuidado!...

—¿Todavía me amenaza usted? —exclamó Villar, que era hombre de temperamento impulsivo y violento.

—¡Le doy un buen consejo! ¡No es por ahí por donde podremos llegar a entendernos!... Escúcheme atentamente. Si usted demuestra que tiene ganas de trabajar y poseo condiciones de honradez y de carácter, yo puedo brindarle una ocasión.

«En este rancho, cada día más próspero, me hacen falta auxiliares laboriosos, probos, inteligentes... Yo le ofrezco un cargo de capataz. Se encargará usted de cuanto concierne a la cría caballar... con un sueldo decoroso y una participación en los beneficios de ese aspecto de mi negocio... ¿Le convengo a usted?

—¡No! Yo no puedo ser un peón... Exijo lo que es mío... Usted lo sabe...

—¿Qué es lo que yo sé, especie de bandido? —rugió Morgan, lleno de cólera—. ¡Se ha acabado mi paciencia! ¡Mil rayos! ¡Creía usted



*Al pasar por un vallado...*

acaso saliese con la suya presentándose ante mí como un toro que sale de estampía, hablando fuerte y por la fama que tiene de hambre de ríñones!

¡Pues se ha equivocado usted, señor caberilla! ¡A mí no me asus-



*Mary se habla con el sheriff...*

## EL CRIMEN IGNORADO

Interpretado por el célebre cow-boy **LEO MALONEY**



*Después del triunfo de la justicia y del amor...*

tan los acuchilladores de su juez! Por lo tanto, larguese de aquí, compadrito, con cincuenta duros!

¡Usted me entregará diez mil dólares, es decir, el valor de las pampas y el beseño que yo no incluí en la venta de este rancho!

Lanzó Morgan una carcajada,

mostrando una doble hilera de dientes blancos, y añadió:

¡Esa usted loco! ¡Diez mil dólares! ¡No le daré un solo centavo! ¡Me oye usted? ¡Ni un centavo! ¡Y ya hemos hablado bastante! ¡Márchese usted ahora mismo, márchese sin



*El valeroso capitán y uno de sus valerosos y fieles subordinados...*

chistar, pues de lo contrario al través de su cuerpo podrá verse la luz del día!

Estas palabras fueron acompañadas de un gesto de la mano, ávida de empuñar el revolver y de una mirada tan amenazadora, que



*Cueto amigo le dió unos informes...*



el ex cabecilla leyó en ella una sentencia de muerte.

—¡Bien—dijo—, usted es ahora el más fuerte! Está en su casa, tiene un arma en la cintura, es rico e influente y no le originaría gran disgusto dejar patético de un balazo a un pobre diablo como yo!

—Pero yo le juro a usted por lo que más respeto y quiero en este mundo, que mandaremos esta conversación algún día, y entonces...

Pancho Villar se interrumpió al ver que James Morgan, con el rostro convulso de ira, empuñaba el revólver.

El instinto de conservación le aconsejó huir, desapareciendo de la vista de aquel hombre, tan bondadoso y afable, pero tan terrible en sus accesos de cólera.

Habían de transcurrir varios años antes de que los dos hombres se encontrasen otra vez frente a frente.

Durante ese tiempo el *Rancho del Oeste* fué en creciente auge. Su dueño, James Morgan, a quien un cruel desengaño sufrido a los veinticinco años, habíalo vuelto escéptico respecto de la mujer y refractario a toda idea matrimonial, llegó a la cuarentena sin tener más herederos que unos sobrinos, la linda y dulce María y el fornido y laborioso Gene Davies, ambos huérfanos de un pariente lejano.

En el rancho vivían hacia unos meses esa encantadora pareja de muchachos, que sólo conocieron hasta entonces de la vida las tristezas, quebrantos y agobios que sufren los desheredados de la fortuna, cuando el destino, eligiendo por víctima al señor Morgan, los encaramó a la cumbre de la riqueza.

Pero, continuemos el relato interrumpido.

Le extrañaba sobremanera a Morgan que el antiguo propietario de su ubérrima finca no diera señal de vida con el correr del tiempo...

—¿Qué se había hecho de él? ¿Había sucumbido en alguna andaz y

descabellada intentona revolucionaria de las que con tanta frecuencia estallaban en la vecina nación mexicana!

Con el correr del tiempo, el recuerdo de tan desagradable personaje casi se borró del todo de la imaginación del rico ranchero.

La vida le brindaba cuantos dones puede apelecer el corazón de un hombre.

El suyo rebosaba de afecto y de ternura hacia sus dos sobrinos, que era lo único que faltaba para ser lo que se llama un hombre completamente feliz y satisfecho.

Cuán diferente era el sino del ambicioso Pancho Villar. A raíz del altercado sostenido con James Morgan, abandonó la comarca con unos cuantos sujetos de nuestros antecedentes, formando una cuadrilla de bandidos de la cual se erigió en capitán.

Pero también en esta fase de su existencia la suerte le fué adversa, y aunque en el país que eligió para teatro de sus despojos y fechorías, contó con la ayuda y la complicidad del primer delegado del *sherif*, un tal Mont Hawe, tuvo al poco tiempo de ejercer tan arriesgada profesión un tropiezo con la justicia, yendo a dar con sus huesos en presidio.

Le condenaron a diez años de trabajos forzados. Diez eternos y horribles años hubo de vivir el que, repugnando el santo cansancio y el loable trabajo de los hombres honrados, tuvo que sufrir la fatiga extenuadora de los presidiarios, obligados a trabajar bajo la severa mirada de implacables guardianes.

Cuando extinguió su condena, cuando respiró de nuevo el aire divino de la libertad, no parecía el mismo, y no lo era.

Del presidio salió más perverso aún que al ingresar, lleno el corazón de odios, rencores y propósitos de venganza.

El mismo día de su deliberación leyó en un diario cierta noticia que

hizo resplandecer en su sombra semblante una sonrisa diabólica.

—Mont Hawe — murmuró — es *sherif* de El Cajón! ¡Me alegro, camarada! Iré a saludarte!

Tres días después los dos antiguos cómplices se estrechaban la mano en el despacho de aquel representante de la autoridad.

—¿Te creía muerto! — dijo el *sherif*.

—Lo he estado diez años! — respondió Pancho Villar —. ¡Pero he resucitado!

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo que tú me aconsejes!

—Si quieres vivir honestamente, sin temor a un nuevo percalzo, no te será difícil conseguirlo. Yo estoy dispuesto a ayudarte.

—Bien merezco esa ayuda, querido Hawe, pues si ya hubiese hablado, en vez de lucir en el pecho el broquel de *sherif*, quizás te hubiese ahorcado.

Palidicieron espantosamente las ojotas facciones de Mont Hawe.

—¡Olvidemos el pasado! — dijo en voz queda.

—¿Y poder olvidarlo? A mí los recuerdos de otros tiempos me roen el alma como la carcoma roe la madera.

—¿Y James Morgan?

—¡Inmensamente rico!

—¿Es feliz? ¿Se ha casado? ¿Tiene hijos?... — preguntó con sordo acento el presidiario.

—Continúa soltero, pero viven con él dos sobrinas a las que adora... y, naturalmente, es feliz.

—¿Quién puede serlo más que él?

—¡Tanto mejor! ¡La felicidad acobarda! ¡Cualquier día iré a saludarlo!

—¿Con qué intención? — preguntó el *sherif*, ofreciendo a su camarada de otro tiempo un cigarrillo.

Pancho Villar sacó una pipa de madera, ajustó en ella el cigarrillo y luego de encenderlo dijo sonriendo con expresión maligna:

—Ese hombre y yo tenemos ciertas cuentas que arreglar! ¡Qué

sorpresa tendrá al verme! ¡Más grande que la tuya, si también me suponía en el otro barrio!

—¡Amigo Villar, no cometas un disparate!

—¿A qué llamas tú un disparate?

—Sé que odias ferozmente a James Morgan, y conozco el motivo de ese odio... ¡Háblame con franqueza! ¿Piensas reclamarle algo?

—¡Diez mil dólares! — repuso el presidiario con acento glacial.

—¡No te los daré!

—¿Quién sabe! ¡La felicidad acobarda!

—James Morgan es uno de esos hombres a quienes nada asusta!

—¡Tanto peor para él! En tal caso, lo enviaré a los infiernos! Yo tengo poco que perder! Además, estoy desesperado... todo lo desesperado que pueda estarlo un hombre...

—Entonces ya sé lo que va a ocurrir! ¡Uno de los dos quedará patas arriba!

—¡Es muy posible que sea ese el resultado de mi visita a James Morgan! Pero no es probable que sea yo el que caiga!

—¿Podré contar con tu ayuda en el caso de que ese hombre inmensamente feliz y rico me niegue lo que es muy mío y, por lo tanto, me obligue a enviarlo a los infiernos?

—¡Yo no puedo olvidar nuestra antigua y fuerte amistad! En cierta ocasión me salvaste la vida.

—¡Y, cuando me prendieron, con mi silencio, te la volví a salvar!

—¡Cierto es! ¿Qué necesitas ahora?

—¡Un puñado de dólares!

El *sherif* metióse mano al bolsillo, alargando a su camarada unos cuantos billetes.

El presidiario se puso en pie, y al ver sus facciones lividas y demacradas reflejadas en un espejo que colgaba de la pared, exclamó:

—¡Estoy espantoso! ¡Estoy horrible! ¡Diez años! ¡Fuego del infierno! ¡Si yo no vengara esa tor-

tura... la vida de perro que he soportado durante ese tiempo, sería el hombre más vil y cobarde del orbe! ¡Ah, poderoso y feliz James

Morgan, vamos a saldar nuestras cuentas de una vez, a las malas o a las buenas, como más te plazca!

#### IV

Al día siguiente un veloz caballista galopaba por el sendero que conducía a un extenso bosque situado a poca distancia del enorme edificio del *Rancho del Oeste*.

Ese jinete era Paocho Villar. Con ojos relampagueantes de odio y de cólera miraba las extensas pampas en donde pastaban centenares de potros y terneros.

Más allá se extendía el desierto rojizo e infinito.

Al llegar a la linder del bosque, echó pie a tierra y, llevando al animal de la brida, internóse en la espesura de los árboles.

Aquel bosque le era tan conocido, que lo habría podido recorrer con los ojos vendados.

Cuando lo hubo cruzado, ató el animal al tronco de un árbol, y llegando a sus oídos el ruidoso y acompasado galopar de un caballo que por instantes resonaba más cerca, se parapetó tras uno de los robles de la orilla para alisbar.

En aquel momento desfiló un arrogante jinete; era Francis Margot, que emprendía el viaje bien ajeno a pensar que a su regreso encontraría sin vida al hombre bueno y noble a quien debía cuanto era y podía llegar a ser.

El presidiario permaneció indeciso unos momentos, combatido por los más opuestos pensamientos, sobre los cuales flotaba, como la nautica en el agua, el de la venganza...

— ¡Estoy muy decaído, soy ya casi viejo, pero este brazo conserva aún la fuerza necesaria para matar

a un hombre! ¡Que el cielo o el infierno quieran que este brazo, James Morgan, no se alce contra ti en un impulso de cólera y de venganza!

Pronunciadas estas palabras, el miserable abandonó su escondite. Y un cuarto de hora después penetraba sigilosamente en el vasto edificio del rancho por su fachada posterior.

La rara casualidad de no haber topado con nadie, le reputó el malvado en extremo favorable y de buen augurio.

¿Estaría Morgan en el edificio, o tal vez se hallaba lejos de él, recorriendo aquella finca que abarcaba docenas de kilómetros? ¿Lo reconocería en seguida? ¿En tal caso, qué acogida iba a dispensarlo?

Estas preguntas y otras por el estilo se atropellaban en la exaltada mente del presidiario.

Por fin, escuchando atentamente y a paso de lobo, acercóse a la puerta del aposento en donde diez años atrás sostuviera con Morgan la acalorada discusión que hemos referido.

Se detuvo un momento, recogiendo con ansiedad y sobresalto los más leves ruidos.

El leve rumor de una voz humana hirió su oído.

— ¡Cinco mil! — dijo la persona que se hallaba en la estancia, de la que tan sólo unos pasos separaban al siniestro malhechor.

El rostro de este lo contrajo una marea de contrariedad al pensar



que entre aquellas cuatro paredes había más de una persona. Sin embargo, extrañado de que el silencio no fuese interrumpido de nuevo, dio los pocos pasos que le faltaban para llegar al umbral, y una vez aquí se detuvo.

Sentado a una mesa, se hallaba James Morgan, abstraído en una tarea que hizo relampaguear de repugnante codicia los ojos del intruso.

Durante unos segundos, Pancho Villar guardó silencio. Por fin hizo un leve rumor para solicitar la atención del hombre a quien aborrecía con todas las fuerzas de su naturaleza sanguinaria y salvaje.

James Morgan levantó la cabeza y fijando sus asombrados ojos en el recién llegado, pero sin reconocerle, preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted?

—¿Ya no se acuerda usted de mí, James Morgan?—inquirió a su vez el presidiario.

—¡No por cierto! Sin embargo, esa voz no me es del todo desconocida... Me parece haberla oído en otro tiempo, no sé dónde ni cuándo...

—¡Aquí mismo, en este aposento, y hace una decena de años!—declaró el salvaje acercándose a su interlocutor.

Bastaron estas palabras para que



*En un bosque cercano...*

en la memoria del ranchero brotase el recuerdo preciso y exacto de la persona a quien pertenecían aquellas facciones envejecidas y como alfilerenadas y de aquella voz agresiva y rencorosa.

—¡Pancho Villar!—exclamó.

—¡El mismo!

Los dos hombres se miraron unos momentos como si ambos pretendiesen sondear hasta el último pliegue de su alma.

Por fin, Pancho Villar dijo con una sonrisa de lobo:

—¡No vengo en son de guerra!

—Lo celebro de veras—replicó con efusión el noble y valeroso James Morgan—, porque así no será difícil que le atienda, si algo solicita usted de mí.

No me verían sus ojos, Morgan—declaró el tuimado sujeto—si la desgracia y la adversidad no me hubieran traído a esta comarca. ¿Qué quiere usted? Siento hacia esta tierra donde nací un afecto que aumentan los años y quisiera exhalar en ella el último suspiro, perdonado y perdonando...

—¡Es muy natural que usted piense y sienta de ese modo! Por mi parte, estoy dispuesto a renovar la promesa que en otro tiempo y aquí mismo le hice a usted... ¿Se acuerda?

Al mismo tiempo, apartó la mirada de su peligroso interlocutor, extendiendo ambas manos hacia los fajos de billetes que en la mesa había.

—¡Sí, sí, James Morgan! Recuerdo perfectamente las palabras que salieron entonces de sus labios. ¿Y usted recuerda las mías, malvado ladrón?

Siguió a este insulto un golpe seco y una especie de mugido... lanzado por un buey al que acaban le asestar un tremendo mazazo.

El presidiario, con la rapidez del rayo, blandió el brazo derecho cuya mano ocultaba una bola de ho-

ro sujeta por dos tiras de goma que el agresor llevaba enrollada a la muñeca.

El golpe que un experto en el manejo de esa arma tan terrible y sencilla al mismo tiempo, puede descargar sobre un enemigo confiado y descuidado es suficiente para ponerle fuera de combate, destrozándole el cráneo.

— ¡He cumplido mi palabra, he cumplido mi venganza! — añadió en voz baja y ronca el miserable —

¡Húndete en los infiernos! ¡Ah! ¡Yo también soy rico ahora!

Esto diciendo, en un abrir y cerrar de ojos se apoderó de los fajos de billetes, metiéndoselos entre el seno y la camisa.

Luego desapareció del aposento, saliendo del rancho con el mismo sigilo con que había entrado.

Y dos horas después se hallaba otra vez junto a su antiguo cómplice y camarada, el *sherif* Mont Hawe.

## V

Cuando regresaba al rancho, un amigo de Francis Margot, que, igual que éste ignoraba el trágico fin de Morgan, le refirió algo extrañado haber visto al *sherif* conversando misteriosamente con un individuo de siniestra catadura que aquel mismo día había visto salir del *Rancho del Oeste*.

Una sospecha cruzó por la mente del joven capataz. El individuo a quien aludía su amigo, ¿no sería el misterioso asesino de su desgraciado amo?

Los días siguientes los dedicó Margot a descubrir el rastro de aquel sospechoso desconocido.

Quizás sus desvelos y su fatiga habrían resultado absolutamente estériles sin la ayuda de su fiel *Viajero*. Este fue quien en cierta ocasión, pasando por un terreno vallado, comenzando a gritar furiosamente le descubrió la presencia de un hombre cuyo aspecto coincidía con el del sujeto que tan buenas migas hacía con el *sherif*.

Otro descubrimiento no menos importante que el que referimos vino a esclarecer de un modo completo el misterio que envolvía la muerte del infelizmente Morgan:

consistió en sorprender al desconocido, o sea a Pancho Villar, en el bosque cercano al rancho, entregado a la extraña y original tarea de quitar las piedras amontonadas al pie de cierto árbol, escarbar el suelo y extraer de él algo que debía tener para el solitario trabajador un valor inestimable.

El valeroso mozo ya no tenía duda alguna en el triunfo de la justicia.

Aquel individuo era el culpable. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde venía? Estas preguntas cruzaron como centellas por la mente de Margot, siquiera la respuesta a ellas no le pareciera muy difícil.

El mismo amigo que le notificara haber visto conversar al *sherif* con cierto individuo, le ayudó en sus pesquisas.

Los dos hombres se presentaron en el *bar* del poblado, donde un cuarto de hora antes había entrado aquel sujeto, tratando conversación con él, o mejor dicho, intentando iniciarla, porque el siniestro Villar rehuyó con gruñidos, más que con palabras, responder a las amables palabras que aquéllos le dirigían.

De pronto, Margot, sacando del bolsillo la pipa hallada en el despacho de Morgan, inquirió:

—¿Es de usted esto?

Villar palideció; sus ojos despidieron un fulgor de amenaza, de odio, de muerte.

—No—respondió—, y no me moleste más...

Pero le molestaron de veras, porque aquella misma noche Margot,

en presencia de los sobrinos del difunto, desenmascaraba al malhechor, cuyo cuerpo tres días después se balanceaba del extremo de una cuerda.

Y al año justo del crimen, el arrogante capataz contraía enlace con la virtuosa y encantadora María. El amor y la riqueza fueron el galardón que obtuvieron la honradez y la bravura del leal Margot.

FIN

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

### LA LEY DEL REVOLVER

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA



# LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y  
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS
2. CONTRA VIENTO Y MAREA
3. EL VALLE DEL MISTERIO
4. EL REY DE LOS JINETES
5. LOS PUNOS DE TOM TYLER
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST
7. LA LEY DEL TORTAZO
8. EL CULPABLE
9. DE SENORITO A VAQUERO
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA»
11. LADRONES DE CANADO
12. EL VALIENTE
13. EL «PIRATA DEL DESIERTO»

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS** - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI - Rocafort, 225. - Barcelona